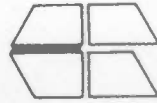


ABRA • ABRA • ABRA • ABRA • ABRA

PENSAMIENTO LATINOAMERICANO



SOBRE EL MARXISMO LATINOAMERICANO

En recuerdo de José Carlos Mariátegui (1895-1930)

Rogelio Cedeño Castro





La asunción, con algunas reservas de nuestra parte, de lo que podría ser considerado como la exteriorización de un hecho social, de una naturaleza bastante singular: a saber, la pretendida existencia de un marxismo latinoamericano y la necesidad de identificar cuáles podrían ser algunos de los elementos que lo caracterizan, nos ha llevado a formular algunas apreciaciones sobre los aportes que José Carlos Mariátegui (1895-1930) diera, a principios de siglo, para que pudiera ponerse de manifiesto la existencia de un pensamiento social, que asumiendo implícitamente las determinaciones geográficas y las particularidades socioculturales existentes en cada país de la región latinoamericana, tuviese como su referente teórico más importante al marxismo clásico y asimismo, pusiera de manifiesto la influencia de otras corrientes sobre esta particularizada versión del pensamiento marxista, a la que algunos han dado el nombre de “marxismo latinoamericano” (1).

El considerar la existencia, en sí

misma, de una serie de elementos particulares, visibles a partir de las realidades propias de un subcontinente como es, en este caso la América Latina, podría conducirnos a una serie de formulaciones erróneas acerca de una regionalización, en términos geográficos, de una serie de corrientes de pensamiento que, si bien tuvieron su origen en una determinada parte del mundo, han devenido en universales por la naturaleza, también universal, de los problemas a los cuales intentan dar respuesta, razón por la cual se las ha llamado “clásicas” (2). Esto, sin embargo, no implica el renunciar a una seria crítica del sociocentrismo cultural y el racismo implícito en aquellas posturas que intentan hacer pasar como la cultura universal a todas las determinaciones del pensamiento y la acción que se originan a partir de la cultura europea y de matriz cultural-religiosa judeocristiana.

La identificación de las particularidades socioeconómicas, los enormes contrastes geográficos y la rica diversidad cultural de un subcontinente mes-

tizo por excelencia están en la raíz de lo que podríamos llamar un “marxismo latinoamericano”, especialmente considerado a partir de su oposición a las pretensiones exclusivistas del estalinismo y todas sus deformaciones que llevaron, por extraños avatares, a la conversión de la dialéctica hegeliano-marxista en un nuevo dogma eclesial, al que se le dio el un tanto equívoco nombre de “marxismo soviético” (3).

Cuando José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) se enfrentan, en las primeras décadas del presente siglo a la realidad de su entorno geográfico y cultural, no pensándolo por cierto, en términos de las determinaciones del Estado nacional peruano, sino en una perspectiva regional, se dan cuenta de las enormes diferencias que presentan estas sociedades en relación con las que se habían venido gestando, durante muchos siglos, en Europa. No había, pues, una relación de correspondencia entre los modos de producción y las particulares formaciones económico-sociales de Europa con las existentes en América Latina, de tal manera que la utilización mecánica de la secuencia “clásica” acerca de la aparición sucesiva de una serie de modos de producción, característica del dogma estaliniano, no guardaba relación alguna con la evolución de las sociedades en esta parte del mundo, a



la que un estudioso francés ha calificado, recientemente y, con gran acierto, como el “extremo occidental” (4). Ambos van a intentar entonces hacer una caracterización más precisa de estas realidades regionales utilizando para ello categorías de análisis provenientes del marxismo “clásico”, pero asimismo otras que responden a tradiciones intelectuales diferentes.

En el caso de José Carlos Mariátegui resulta, de suyo evidente, advertir la rica presencia de diversas corrientes del pensamiento social contemporáneo, especialmente del vitalismo encarnado en el **elan** vital bergsoniano y en toda la reacción antipositivista que se da en este período, a partir de la obra de autores como Wilhelm Dilthey, Friedrich Nietzsche, Max Weber, George Sorel y el mismo Henri Bergson. La exteriorización de este tipo de influencias presentes en la construcción de ese “marxismo latinoamericano” que, según Carlos Franco, habrían fundado en los años veinte José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre se pone de manifiesto en la especial importancia concedida al voluntarismo, a la subjetividad y a los elementos de carácter mítico en la concreción de una acción revolucionaria, capaz de trastocar profundamente un orden social basado en la dominación señorial de los descendientes de los antiguos conquistadores europeos,

explicitados en este particular “marxismo” que se convierte, asimismo, en una recusación de aquel marxismo de los últimos años del siglo XIX, de fuerte raigambre positivista y firmemente convencido de la ineluctabilidad del fin del mundo capitalista, a partir de los designios de unas leyes invariables del desarrollo histórico, en casi nada disímiles a las del materialismo mecanicista de los siglos anteriores y a las del positivismo de Comte, Spencer y Durkheim.

En el autor de los SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA se perciben, con diversas tonalidades, los ecos del pensamiento soreliano con su exaltación de la violencia, como única vía que tiene el proletariado moderno para poner fin a la dominación burguesa, a la decadencia moral y cultural de ésta, es decir, de la violencia que, aparece como el único medio real con vistas a sustraer a los proletarios, ya no sólo de una dominación como la apuntada sino de la de los burócratas “socialistas”, partidarios de la convivencia con el liberalismo burgués, al asumir éstos un camino consistente en la transformación gradual de la sociedad capitalista, recurriendo a la acción parlamentaria y a la participación en los gabinetes burgueses para lograr ese propósito. Esto implica, además, el atribuir una especial significación del papel

que cumple el voluntarismo (idea tan cercana a la del espontaneísmo en las acciones de las masas en la lucha revolucionaria, al que tanta importancia atribuía Rosa Luxemburgo, 1870-1919) en la acción revolucionaria pues, a diferencia de las pretensiones “cientificistas” del marxismo de factura positivista, a la usanza del cultivado por los socialistas argentinos de la década de 1890 y siguientes, Mariátegui va a conceder una gran importancia a las acciones de los actores concretos del proceso revolucionario que no necesariamente encajan dentro de marcos preestablecidos. Se trata de que la revolución, en sí misma, no consiste en la mera constatación del cumplimiento de unas leyes de la economía y la sociedad sino de la determinación del sujeto revolucionario de actuar sobre la realidad en que ordinariamente se encuentra, sin esperar que se den todas las “condiciones” preestablecidas para el “éxito” de la acción revolucionaria.

El elemento mítico va a jugar un papel esencial en la conformación de este marxismo latinoamericano, puesto que será precisamente el mito de la revolución socialista y no las leyes científicas las que moverán a las masas oprimidas de la región a seguir un curso de acción revolucionaria, según Mariátegui. En un ámbito geográfico en donde los elementos míticos for-

man una parte esencial de sus manifestaciones culturales su consideración juega un papel de primer orden para poder interpretar y transformar, al mismo tiempo, la realidad social de acuerdo con los cánones del marxismo clásico.

Una región en la cual, a la llegada de los europeos, existían formaciones sociales tales como la del comunismo del incario, que constituía la exteriorización de un modo de producción en esencia distinto al de la feudalidad prevaleciente por entonces en el Viejo Continente y cuya implantación, en esta parte del mundo traerá consecuencias catastróficas para las poblaciones campesinas, constituyen el punto de partida del planteamiento mariateguista acerca de dos problemas que él identifica, en los hechos, como uno solo: el problema del indio y el problema de la tierra.

Al contrario de todas las posiciones indigenistas que, por entonces, buscaban ubicar estos problemas fuera del contexto de la realidad social y económica concreta, el Amauta (5) fue claro en señalar que, en esencia, el problema del indio es el problema de la tierra, de la cual ha venido siendo despojado desde la época colonial y de manera aún más intensa, durante el período republicano. El paso de una sociedad comunista como la del imperio incaico, basada en el **ayllu** como

unidad productiva y familiar, a instituciones de carácter feudal que, en la zona andina o sierra peruana, aportaron incluso residuos esclavistas al forzar a una población esencialmente agrícola a trabajar, en durísimas condiciones, en las explotaciones mineras, única actividad que interesó al europeo hispánico en esa región, a la cual siempre vio con recelo a diferencia de la costa en donde prefirió establecerse, implicó un retroceso en todos los órdenes de la estructura productiva y de las condiciones de vida de una gran población campesina, lo que llevó en un corto lapso a una catástrofe demográfica.

Como puede apreciarse, este marxismo latinoamericano, desde su nacimiento, se ubica en el problema de la interpretación de las características de una formación social y económica específica, en tanto condición indispensable para poder asumir una postura frente a ella y determinar la naturaleza de las transformaciones sociales a realizar. A diferencia de las sociedades europeas, el más que incipiente proletariado difícilmente podría convertirse en el sujeto revolucionario en algún país latinoamericano y, en el caso de la región andina (particularmente bolívio-peruana), va a ser el campesinado indígena que, imbuido del mito de la revolución socialista, terminará por trastocar el orden social

existente y abrir a uno nuevo, en el cual sus antiguas instituciones comunitarias jugarán un papel esencial. La inexistencia de una verdadera burguesía capaz de llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución liberal-burguesa terminó por dar origen a una república oligárquica, en la cual van a predominar los intereses de la casta terrateniente de origen colonial, totalmente incapaz de dar impulso a las transformaciones que dieran paso a una verdadera formación social-económica capitalista. La clásica solución de la naciente Europa burguesa que primero disolvió la gran propiedad feudal y posteriormente dio origen a una auténtica clase de propietarios agrícolas, imbuidos del “espíritu del capitalismo” (6), no llegó jamás a la España de ultramar y tampoco a las falsas repúblicas que surgieron después de la revolución de independencia. Una demostración de la validez de las afirmaciones de Mariátegui se encuentra en el hecho de que cuando una reforma agraria, a la manera liberal, llegó muy tardíamente a la sierra peruana, a fines de los años sesenta durante el gobierno del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975), no hizo sino precipitar el gran aluvión humano con que los serranos terminaron por sepultar a la vieja capital virreinal.

En la escena contemporánea ese “marxismo latinoamericano” de que

hemos venido hablando, conoció momentos gloriosos en los primeros tiempos de la revolución cubana, claramente aprehensibles en los contenidos de la Segunda Declaración de La Habana, de febrero de 1962 y en algunas intervenciones del comandante Ernesto "Che" Guevara (1928-1967), de grata memoria, aún y cuando se vio después acorralado por los recetarios dogmáticos de la nomenclatura del Kremlin que se encargaría, hace unos pocos años, de sepultar las últimas conquistas de la revolución de octubre que quedaban. Sus llamados a la lucha revolucionaria sin esperar a que se dieran todas las condiciones materiales, su dramática apelación a cambiar las condiciones de vida de los más desesperados del continente, su apelación al sentido más preciso de una moral revolucionaria cuando se señalaba que: **"El deber de todo revolucionario es hacer la revolución"**, agregando que **"el papel de Job no cuadra con el de un revolucionario"**, marcaron en esta región una época que, a pesar de los desvaríos de la posmodernidad, no puede ser olvidada sobre todo si echamos una mirada hacia las no condiciones de vida de la gran mayoría de los latinoamericanos, hoy infinitamente peores a las de los primeros años de la década del sesenta. Allí estaban y continúan estando los ecos del pensamiento de José Carlos

Mariátegui, cuya muerte prematura lo apartó del camino de la acción revolucionaria y los del primer Haya de la Torre (no otro que el exiliado, en el México posrevolucionario de los años veinte, que formula entonces algunas de sus más lúcidas consideraciones acerca de la naturaleza y las características de la formación social-económica latinoamericana, especialmente cuando indicaba, en **EL ANTIIMPERIALISMO Y EL APRA** y otras obras que, la primera fase del capitalismo en Indoamérica es el imperialismo, en una clara antinomia frente a la postura leninista sobre el tema) estaban ahí presentes, aún y cuando el segundo de ellos obsesionado por sus disputas ideológicas con el estalinismo y las concesiones ideológicas que tuvo que hacer con el paso de los años, solo quería ver tiranía en aquella noble empresa de los oprimidos de siempre en la mayor de las Antillas.

En su estrepitosa caída aquel "marxismo soviético" nada dialéctico, pero capaz de adueñarse hasta de las palabras que sirven de vehículo a la posibilidad de una expresión de una dialéctica real de la lucha de aquellos condenados de la tierra de que hablaba el martiniqués Franz Fanon (1925-1961), pareció arrastrar ante los ojos de los más poderosos del planeta y los de muchos, algunos de ellos desaprensivos y desinformados como de otros

que pretenden no serlo tanto, el fin del marxismo general. Para ellos, entonces, no tendría sentido alguno hablar de un marxismo latinoamericano cuando el marxismo, aquel fantasma que asustó a las burguesías durante siglo y medio, no existe más. Habría que decir, sin embargo, que no hay nada más peligroso que las conclusiones apresuradas, obtenidas a partir de una lectura superficial y cortoplacista de los acontecimientos, sobre todo teniendo en cuenta que el pensamiento marxista enriquecido con los aportes del Amauta, del Che Guevara y otros revolucionarios contemporáneos, no podrá ser reducido jamás a ser la doctrina oficial de la casta gobernante de ningún estado, como en vano pretendió la nomenclatura soviética, mientras no se decidía a saltar del capitalismo de Estado al capitalismo "salvaje", totalitarios ambos, en procura de ensanchar los privilegios y las libertades de unos pocos. La dialéctica de la historia con su enigmático rostro se encargará de mostrarles a unos y a otros que las sociedades basadas en



la explotación del hombre por el hombre están condenadas al fracaso, a pesar de los castillos de fuegos artificiales con que hace pocos años se pretendió celebrar el triunfo absoluto del "liberalismo sin liberalismo" de los ideólogos de la era reaganiana y mientras Cuba intenta desesperadamente resistir los embates del imperialismo del Norte (revuelto y brutal que nos desprecia, como decía José Martí en su carta a Manuel Mercado), el Perú donde naciera hace cien años el Amauta se mueve en las turbulentas aguas de un "sendero luminoso"—equivoca utilización de una expresión literaria de Mariátegui, por parte de un filósofo terrorista y lector de Kant—y el sendero ominoso de un ingeniero de origen japonés, tecnócrata de raigambre autoritaria al decir del español Raúl Morodo (7), estamos seguros de que el marxismo latinoamericano, a partir de su naturaleza sincrética, no podrá estar ausente de las nuevas luchas que habrá que dar en los próximos años por la dignidad y la justicia en esta parte del mundo.

NOTAS

1. Carlos Franco. "El surgimiento del marxismo latinoamericano: Haya de la Torre y Mariátegui". *Historias*. Número 2, octubre-diciembre, 1982, México, D.F.
2. No se trata, en todo caso, de retomar las discusiones de Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy acerca de una pretendida originalidad del pensamiento filosófico latinoamericano.
3. Ver al respecto, entre otras obras, Herbert Marcuse. *El marxismo soviético*. Alianza Editorial, Madrid, 1969, que constituye un notable balance de una forma particular de "marxismo".
4. Alain Rouquié. *América Latina: introducción al extremo occidente*. Siglo XXI Editores, México, D.F., 1991.
5. Nombre aplicado, en este caso, al propio José Carlos Mariátegui, en el sentido que se le da en lengua quechua según Raúl Morodo. Es decir, sabio, guía, maestro u hombre providencial.
6. La influencia del pensamiento social de Max Weber sobre su obra es explícitamente reconocida por José Carlos Mariátegui, especialmente en el prólogo de sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*.
7. Raúl Morodo. "Sendero Luminoso y Sendero Ominoso". *Esta Semana*, del 1 al 7 de setiembre de 1992, San José, Costa Rica.